

## Benito y los diablos

Autodidacta, obstinado, Benito había terminado por afincarse en París después de azaroso peregrinaje. Cuando lo vi por primera vez en un restaurante universitario, me llamaron de inmediato la atención su cara cetrina, su fuerte perfil y un aire inconfundible de mestizo peruano. “¿Eres peruano?”, le pregunté por si acaso. Y una voz recia pero cordial me contestó: “¡Sí, carajo!”.

Sorprendido, consideré su modesta talla, su porte enhiesto y su atlética contextura. Conversamos por un buen rato mientras esperábamos nuestro turno en la cola, y supe así que seguía cursos de escultura en la Escuela de Bellas Artes, y que vivía, como muchos de nuestros compatriotas, en un cuartito de sirvienta, de las que hay tantas en las buhardillas de la capital de Francia. Hablamos también, en la mesa, de sus muchos años en España —no en vano usaba el *vosotros*, soltaba tacos y blasfemias y reía con andaluza facilidad. Me pareció hombre de carácter contradictorio y de contradictorias concepciones. Sea como fuere, nos hicimos amigos, y con tacto y paciencia llegué a acostumbrarme a esa mezcla de brusquedad, facundia y suficiencia, pero también de llaneza y generosidad.

Trabajaba en una fábrica y sobrellevaba con coraje no exento de machismo su dura existencia. Lo ayudaban, por suerte, su tenacidad y una campesina astucia. Asistía con regularidad a sus clases, y visitaba metódicamente los museos. Dominaba el dibujo académico y su admiración era para Miguel Ángel y Rodin, y, por

lo que supe, no quería saber nada con el arte moderno. Cultor de la piedra, no podía dar forma a sus creaciones, por lo costoso de los materiales y la falta de un taller. A todo ello se añadía, y a pesar de su ateísmo, una extraña obsesión por los diablos, que en sombreada teoría se alineaban, como pude ver un día, en las paredes de su alojamiento.

Esa obsesión, justamente, dio lugar a un episodio del que fue víctima un simpático poeta portugués, cuyo nombre prefiero callar. Pues sucedió que una amiga ofreció una fiestecita en su minúsculo apartamento de las cercanías del Panteón, una velada de invierno. La reunión fue amena, el vino abundante y rica la comida. Concurrimos algunos peruanos —entre ellos el escultor—, mi amigo portugués y varios chapetones. Fue todo tan bien regado, que a medianoche estábamos muy alegres, y ebrio por completo el lisboeta. La dama, por su parte, era muy pudorosa, y no admitía que nadie se quedara en su domicilio. No cabía, en consecuencia, que el vate se quedará allí para descansar la mona. ¿Cómo hacer, pues, si a esa hora no había ya metro ni autobuses, y nadie tenía dinero para llevarlo en taxi hasta su habitación en los suburbios?

Por suerte Benito tenía su cuarto en las inmediaciones, y, con su habitual bonhomía se ofreció para acomodar en su aposento al portugués. Nos pareció la mejor solución, y todos ayudamos a llevarlo hasta el edificio en donde vivía el artista. Éste no quiso que nos viera la portera, que era muy estricta, y dijo: “¡No, coño! ¡Yo solo subo a este chaval!”. Y, en efecto, lo alzó sobre un hombro y traspuso la puerta con él a cuestas, sin que el durmiente abriera ni un ojo. Nosotros nos marchamos, cada uno por su lado.

Al cabo de varios días supe por un amigo lo acontecido. Benito acomodó a su “visitante” sobre la alfombra, vestido como estaba, y él se acostó en su cama y descansó hasta la temprana hora en que debía acudir a su trabajo. Pero antes de irse escribió una nota, que puso sobre la mesa, y encendió una lámpara rojiza que tenía, para galantes fines, junto a un estante. Y sin duda debió mirar con ironía al huésped, alojado allí sin saberlo, entre esa numerosa cohorte de demonios.

Ya fuese por el frío, o por la incomodidad de su lecho, o por el malestar de la borrachera, el caso es que el poeta se despertó antes de que amaneciera. Como no se acordaba de la víspera, miró sorprendido el ambiente en que se hallaba. Probablemente se restregó los ojos. Se incorporó. No, no había duda: estaba rodeado de diablos. Sí, allí en los muros, alumbrados por una luz espectral, con rabos y cuernos y colmillos de sierpe. Buscó la puerta y en ella también se encontró con un fornido y velludo Satanás. El portugués no pudo sufrirlo y se puso a dar de gritos. Quizá creyó que estaba, como el tonto marido de un cuento de Boccaccio, en los mismísimos infiernos. Y gritó de tal manera y con tal fuerza que se despertaron los inquilinos del piso y de todo el inmueble. Subió la portera, y creyó urgente llamar a la policía, pensando que en ese cuarto se comía una matanza. Llegaron los agentes y, como nadie abría, echaron la puerta abajo. Y allí, aferrado a una silla, y bramando todavía, encontraron al desprevenido poeta, víctima de los más fundados “diablos azules” de que haya memoria.

¿Y Benito? Cuando se enteró del incidente, al regresar por la tarde, se rió con una risa irónica, que pronto se trocó en una homérica carcajada. Y de inmediato dibujó en una cartulina un demonio aún más grande y horrible, que instaló frente a la puerta de su habitación, como tótem protector semejante al que se ponen en la entrada de las casas, allá en remotos países orientales.